

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 5 DE NOVIEMBRE DE 1922

NÚM. 19.894

MAL CATIVO

NOVELA CORTA ORIGINAL
DE FRANCISCO CAMBA



Tres años hacía que el gran artista regional Darío de Montesacro, tan curioso de las particularidades de la tierra nativa y que tantas veces encontraba en ellas motivo para sus obras admirables, visitó por primera vez aquella típica fiesta de mi comarca, la más interesante acaso de la región entera. No obstante disponer de muy escaso tiempo, llegó la víspera, interesado por la ceremonia de media noche, cuando devotos y ofrecidos se preparan para los actos de la mañana tomando en la plaza, junto al pedestal rocoso del santuario, las nueve ondas purificadoras. Para no perder detalle de todo lo demás y estar temprano en aquel templo, invadido entonces por los endemoniados de tierras tan remotas, renuncié a las comodidades de mi vetusta mansión solariega, comprometiéndome dos lechos en una venta próxima al lugar.

Mediaba aún la tarde, y por todos los caminos que hasta allí conducían llegaban ya grandes grupos de romeros. Muchos seguían hasta el santuario; pe-

ro otros, no tan impacientes ni acaso tan fervorosos, hacían también alto en la venta. Eran aldeanos de todas las comarcas de la región, hombres de rostro rasurado y ropas de pana con vistosos remiendos; mujeres rollizas, cuyo pelo, generalmente castaño, se anudaba en trenza, y que, a pesar de la abundancia de sus ropas, tenían una gracia latinal al moverse. Con casi todos los grupos venía un ciego, uno de esos ciegos romanceros que, puesta la mano sobre el hombro de su criada, aún moza y garrida, recorren las romerías todas. Y ya cansada de coplas la gente, y lejana la hora del rito, y con ganas de rezo los cuerpos, pronto se utilizaron panderetas y violines para organizar un baile delante de la venta, en el soto de robles venerables que el crepúsculo iluminaba con su dulce luz.

Era bello el paraje y bella la fiesta. Gemían los violines de los ciegos y cantaban las panderetas alegres de las mozas. Veíase, no lejos, el mar, un rudo mar de costa, que también ponía una voz

en el concierto, y, como presidiéndolo todo, erguía hacia lo alto el santuario su silueta arrogante. Pero nada de esto interesó a Darío de Montesacro. Una mujer, una moza de belleza extraña en aquellos sitios, acababa de pasar por delante de nosotros, moviéndose con ondulación más graciosa, en su severidad, que la de otra ninguna. Había ido a sentarse en las gradas musgosas de un crucero, y allí estaba, sin bailar, contemplando la fiesta con expresión soñadora. Era alta y pálida; pálido el rostro, que tenía un noble perfil de medalla, y pálidas las manos, unas manos bellas y largas, jugando distraídamente con las puntas del pañuelo de seda echado sobre su busto.

—Preciosa muchacha — comentó Darío —. ¿Quién es?

—No sé; no la conozco. Debe de ser de lejos. ¡Viene tanta gente y de tantos sitios a esta fiesta!

—¿Se tratará de una ofrecida?

—¡Quién sabe! El mayor número de las ofrecidas a la fiesta de mañana sale

precisamente de estas mozas así, tan delicadas, tan finas, en las cuales todo parece quebradizo y cuya alma es difícil saber en qué fuegos se consume.

Y me acerqué, invitando a Darío:

—¿Ofrecida, rapaza?

Nos miró un momento con sus ojos claros y enormes, y aquella palidez de marfil se alteró ligeramente.

—¡Ay, no señor, no; en buen hora lo diga! Vengo simplemente de curiosa, con unas gentes de mi lugar...

—¿Cómo no baila entonces? — preguntó Darío —. ¿Por guardar ausencias?

Había una gran vehemencia en el acento de aquel hombre, y la muchacha, después de clavarle un instante los ojos, sonrió con leve amargura.

—¡Por guardar ausencias! ¡Si tuviera de quién!

—¿No tiene de quién?

—Ya lo ve, pobrecita de mí. Ni siquiera a bailar me sacan...

Como sus miradas eran para Darío, yo, algo molesto, me apresuré a deshojar ante su belleza un capullo de madrigal.

—Por miedo, naturalmente — dije—. Por temor de acercarse demasiado a la luz de esos ojos...

La muchacha sonrió francamente, comprendiendo todo el alcance del requiebro.

—¿Y a quemarse las alas? No señor, no. Eso se lee en los libros; pero aquí es cosa que no ocurre nunca. Aquí los hombres no se enamoran, no saben lo que es eso. Y menos se enamorarían de mí, tan triste, tan delicada, que no puedo gustarle a ninguno...

Había en todo, en la expresión y en el acento, una sinceridad sin sombras, una ingenuidad absoluta. A pesar de eso, no dejaba de advertirse la protesta íntima de quien ha entrevisto otros horizontes y se cree digna de distinto trato y, en el fondo de su ser, se rebela contra tanta injusticia y tanta torpeza. Dario clamó con vehemencia.

—¿Pero es posible? ¿Pero están ciegos esos hombres?

Una sonrisa más amplia y toda llena de gratitud iluminó el rostro de la muchacha. Aquel hombre que de tal modo le hablaba no era de allí. Venía de otras tierras, de otros mundos, donde las bellas mujeres abundaban. Y joven, y gentil, y amado sin duda de tantas, parecía rendido ante ella y dispuesto a hacer posibles ensueños, que, por veces, alegraron su alma de abandonada. Pero pronto la sonrisa se apagó en sus labios al paso de otra idea.

—Quién sabe si tan solo no lo está usted, señor, ya que con ojos tan bondadosos parece mirarme.

La ceremonia de las nueve ondas, principal aliciente para la visita de Dario a mi comarca, apenas le interesaba ya. Me costó trabajo arrancarlo de la venta, llena aún de bullicio y de cantares. Pero, al fin, convencido de que, retirada la moza a descansar, no la vería en el resto de la noche, se animó a acompañarme.

La playa, tendida a los pies del santuario, era enorme, de arena finísima, tan fina y apretada por el paso del mar en la marea alta, que los pies se deslizaban sobre ella como sobre el duro piso de un salón. Limitada por un acantilado língente, tenía, aquí y allá, grutas hondas, de forma tan perfecta como el interior de un ábside. Aquí y allá erigíanse de la arena peñascales altos y esbeltos, aisladas agujas de granito y foscas masas de piedra, hendidas a veces como por la espada de un titán. Era casi la media noche. No había luna; pero el ambiente estaba en calma y las estrellas reflejaban sus luces sobre el mar tranquilo, que sólo a ras de la playa parecía tener vida y rumores, arrojando allí sus grandes olas y extendiendo luego sobre la arena una larga lámina de agua festoneada de espuma, olas y agua vítreas y verdes, iluminadas extrañamente por una fosforescencia vivísima.

Era casi la media noche y había mucha gente ya en la playa, mujeres sobre todo, acurrucadas en espera de la hora, al amparo de las grutas y en los caminos de entre los peñascos. A lo lejos adelantaban hacia el mar otros grupos, de los cuales sólo la confusa masa percibíamos. Cerca de nosotros, sin advertir nuestra presencia, unas mujeres hablaban. Y escuché interesadísimo, no tanto por lo curioso de la conversación, que tan bien rimaba allí con el carácter de la fiesta, como por haber creído reconocer en una de las voces la de cierta vieja que sobre la moza de la tarde parecía tener algún mando. Tal vez la moza hubiese venido con ella y no estuviese lejos, y fuese acaso alguna de aquellas sombras que más allá se distinguían acurrucadas sobre la arena.

—¿Y dice usted — preguntaba aquella

voz—que la rapaza ya vino el año pasado?

Otra voz de mujer y de anciana le respondía suspirante:

—Vino, sí, señora; vino. Cuatro hace que viene...

—¿Y no consiguió librarse de esa plaga que tan mirrada la trae y tan triste?

—Es mala plaga la de los demonios cuando entran en el cuerpo de una infeliz.

—¿Sabe quién se la echó, señora?

—Si lo supiera, puede que a estas horas no alentase. Pero el hechizo se lo dieron en vino, en una romería, y sabiendo esto confío en que la moza podrá verse libre. De nueve demonios que tenía, siete ya la dejaron en paz, ya los

garrida. Es como mi moza y como tantas infelices que parecen nacer destinadas para este mal cativo...

—Por fortuna, la que conmigo viene ha ido hasta ahora librándose. Vino tan sólo de romería, acompañando a otra moza del lugar.

—Entonces, felices de ustedes, ni tomará las ondas...

La voz de la otra vieja se hizo sombría. De sus ojos, no obstante la oscuridad, pareció huir un relámpago de miedo y de odio que buscaba a alguien.

—Tomará, sí, señora. Por eso no la dejé en la posada, y ahí está esperando. Las tomará para que la preserven de todo maleficio. Porque no hay maleficio tan sólo en las cosas de beber y de co-



ha visto correr delante de ella en otra fiesta como la de mañana.

—Sólo le quedan dos, entonces.

—Dos, sí, señora. Pero dos que son malísimos de salir. En el primer año, salieron los otros siete, y en tres años, no ha salido ninguno. Mas nosotras no descansamos, no perdemos fiesta, y, al fin, han de marcharse.

—¿Y este tardar, a qué será debido?

—¡Ay, señora! Es que uno de los dos malditos demonios es sordo y no oye el conjuro, y el otro fué fraile y sabe tanto o más que quien lo exorciza.

Hubo un silencio, no turbado por rumor ninguno. Aquella conversación, que en otro lugar y a otra hora nos hubiera hecho reír, parecía en aquel momento solemne, ante la playa y bajo la noche, la cosa más natural del mundo. Un viento de superstición recorría los ámbitos, metiéndose en todos los corazones y como dándoles a comulgar su esencia. La vieja que más había hablado, la pariente de la endemoniada, preguntó al cabo de un instante:

—¿Y su moza, viene también ofrecida? Yo lo comprendí al verla, tan sin sangre en su cuerpo, que de otro modo sería tan

mer. Lo hay también, y acaso mas casto, en palabras y miradas...

—¿Qué razón tiene, señora! ¡En miradas y palabras! ¡Palabras de bruja que sabe conjuros! ¡Miradas de mujer envidiosa! ¡No hay nada más malo!

—Hay. Para una moza como estas nuestras, hay algo peor todavía. Hay miradas y palabras de hombre...

Y añadió, reconcentrada, como si sólo hablase consigo misma:

—¡De ciertos hombres! ¡De hombres que, sean cuales sean las vueltas del mundo, jamás han de ser para ellas!

Ya no había duda. La moza de la tarde estaba, a cortos pasos, delante de nosotros. Era, seguramente, una de aquellas sombras acurrucadas más allá, inmóviles en los mantos que las envolvían, esperando la hora. Y la hora sonó. No la anunciaron las campanas de la iglesia ni ningún cohete rasgando los aires. Fué tan sólo un tumulto súbito y violento por la playa entera. Aquí y allá veíanse grupos moverse, sombras adelantar hacia el agua. Oíanse voces, gritos, de las que se metían al sentir la frialdad; alaridos de sus deudos obligándolas a no salirse, contando las ondas:

—¡Va una!

—¡Van dos!

Nosotros no nos movíamos para no denunciar nuestra presencia. Delante, se levantaron las sombras. Una de ellas era alta, de movimientos elásticos. Su rostro, al recoger alguna luz perdida en la noche, brilló un instante, pálido como el de una muerta. Lánguidamente dejó caer el manto a sus plantas, y la vimos marchar hacia el agua, alta y desnuda, cubierta tan sólo por los velos de la penumbra nocturna.

Por los caminos que al santuario conducían, aún continuaba llegando gente. En torno al templo, que se alzaba blanco y alegre sobre el mar, con sus banderas de fiesta ondeando al viento, hormigueaba una gran muchedumbre. Montañas de trigo, de centeno, de todos los frutos del país, ofrenda de los devotos, alzábanse aquí y allá. Oíanse gritos de pregones. Terneras y borregos, también ofrecidos al santo, pasaban adornados con cintas y hojas de hiedra. A la sombra de los robles, el vino de la comarca prometía su alegría y su frescura en pipas engalanadas de pámpanos, y la puerta franca del santuario nos dejaba ver el interior, iluminado con miles de luces.

Pero todo el recinto parecía lleno con el mismo aliento milenario que la noche había traído y el claro sol de la mañana aún no pudiera disipar. En todas partes se hablaba de las ofrecidas. Había una moza que, de algún tiempo a aquella parte, caía al suelo, fuese donde fuese, retorciéndose, «arregalando» los ojos, echando espuma por la boca. Había otra, más tranquila, cuyo mal estaba en ir consumiéndose, «mirándose» poco a poco, «mismamente» como una uva al sol... ¡Muchos y muy grandes debían de ser los pecados de los hombres cuando así los demonios campaban por la tierra! ¡Muchos y muy grandes milagros tenía el santo que hacer!...

No habíamos visto aún a la moza del día antes, y yo noté que Dario, al través de la muchedumbre, sólo sus ojos buscaba. Entramos en el templo, monolítico, excavado en la oquedad de un gran peñasco y al que se adosó luego la blanca fachada. El suelo, de tantos pies que ya por él se arrasaron aquel día, estaba enarenado como el de una plaza pública en mañana de feria. Bajo las bóvedas, no obstante las velas del altar, erraban sombras de caverna, de catacumba. Con nosotros entró un tropel de gente, que se acercó al santo a besarle la orla del vestido. Otro torrente de romeros salía. El sacristán no tenía manos para recibir los brazos de velas, y los sacerdotes apenas atendían a otra cosa que a recoger las ofrendas de aves y de frutos. Pero las campanas alborotaron fuera y los sacerdotes se retiraron. Iba a comenzar la misa cantada, la misa grande. Entró más gente. Alguna venía en grupos compactos, trayendo a empujones a una moza cuyos demonios no querían entrar, haciéndola defenderse a arañazos, a patadas... El Santo Sacrificio dió comienzo. Y entonces el horror aumentó. Mezclados a los cantos litúrgicos, oíanse, bajo la vasta nave, gritos inarmónicos, carcajadas salvajes, apóstrofes, blasfemias. Y ahora, aquí y allá, la gente se amontonaba hacia un lugar del templo, donde una histerica, una coreica, una epiléptica, acababa de sufrir el ataque y, según la forma de su mal, se retorció, espumante la boca, o se estiraba rígida, como un cadáver. Y la gente planía al coro:

—¡Que los eche, santo bendito! ¡Santo bendito, haz el milagro!...

Fué un alivio salir al atrio, a la luz, a la frescura del mar y de la mañana.

Y bruscamente, todo resplandeció en el semblante de Darío.

—¡Mira!

Hacia nosotros, hacia la iglesia, se acercaba la moza del día antes, más bella aún en aquella luz tan fuerte que entre las del atardecer y las de la noche nos había parecido. Darío saltó hacia ella, impetuoso, hablándola como si la conociese de mucho antes.

—He pasado una mañana horrible. Creí que se hubiese ido ya.

Ante aquel ímpetu, una fugitiva luz de alegría y como de esperanza corrió por los bellos ojos.

—No; no voy hasta la tarde. Pensábamos marchar muy temprano. Pero mi tía, una hermana de mi madre, que viene conmigo, no sé que teme de mí. Me ha hecho tomar las ondas, y ahora quiere que oiga esta misa...

Algo, en el fondo de la voz, se reía sarcásticamente al hablar de aquellos temores. ¡Como si para una moza no hubiera más que enamorarse de quien viniese de lejos a decirle algunas palabras bonitas! ¡Como si estas palabras, escuchadas un día, ya fuesen a escucharse siempre! Para ello hacía falta ser otra, verdaderamente bella y seductora, capaz de encadenar a quien tanto le interesase...

Contento con la esperanza de volver a verla, de estar a su lado todavía largas horas, Darío no la entretuvo más.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta la tarde.

—Hasta la tarde, en que hemos de echar algún baile juntos...

—Hasta la tarde...

Y la sonrisa con que se lo decía se le heló bruscamente en los labios. En la puerta de la iglesia, mirándola fijamente, estaba su tía. Estaba más inmóvil que las figuras adosadas al haz de columnas de las jambas, y sus ojos no parecían menos fríos ni menos de piedra.



Paseando por la romería, hicimos tiempo en espera de la procesión, donde aún Darío confiaba ver, nuevamente a la muchacha. Un cura, un sacerdote joven que había hecho conmigo los cursos del Instituto, se acercó a abrazarme. Le presenté a Darío con cierto orgullo:

—Tienes que haber oído hablar mucho de él.

El cura miró a Darío, me miró a mí, buscó un rato dentro de su alma y, vencido, se encogió de hombros.

—¿Pero de veras es la primera vez que oyes su nombre? ¿No lo has leído nunca en los periódicos?

Puso sobre el hombro de Darío una mano franca.

—Tengo leído mucho, mire usted. Y, sobre todo, párrafo donde adivino que se habla de algo de la tierra, allí caigo. Pero Darío, Darío de Montesacro, es cosa, me lo puede creer, que nunca he visto escrita...

—Sin embargo—tercié yo—, no importa eso para que desde hoy seáis amigos.

—¡Ah, con el mayor gusto! Y aun cuando no sea un artista ni sea nada. Basta que tú me lo recomiendes de este modo. A la tarde, entonces, tomaremos unas copas juntos. Pero ahora, dejad que me vaya. La misa debe estar a acabarse y hago falta para la procesión.

Un repique de campanas anunció pronto el término de la misa, y la procesión no tardó en salir. Asomó a la puerta de la iglesia el pendón escarlata; un hombre, con un haz de cohetes, marchó hacia allá abajo, hacia el crucero; el horciguero humano fué saliendo también, y junto al altar, a hombros de los portadores, rebrillaban las andas doradas del santo. Y ya organizada la procesión, pasó ante nosotros. Primero, el pendón; una fila de devotos, luego, con velas en

la mano; el estandarte y el santo, después, erguido en sus altas andas, delante de los sacerdotes, revestidos de áureos ornamentos, y de la música, cuyos sonos apenas se oían. Apenas se oían por los gritos de la gente, que ahora empujaba hacia debajo de las andas a las poseídas y no las dejaba salir del santo refugio, injuriándolas, pegándolas, sujetándolas por las manos, por los cabellos, por las ropas, ya desgarradas... Detrás seguían los devotos de la fiesta, dando al viento los sonos de una letanía ardiente. Bruscamente, la moza que tanto nos había preocupado desde la tarde anterior, se destacó de los grupos.

—Adiós—nos dijo.

—¿Cómo? ¿Se va?...

molestará tanto sólo para volver a verme?

—Mañana lo sabrá. ¿Por quién preguntó?

—Si es que verdaderamente va a ir, no tendrá necesidad de preguntarle a nadie. Pero tampoco tengo inconveniente en decirle mi nombre.

Y antes de que ella lo dijese, lo dijo la vieja, llamando, irritada, desde el fondo del camino:

—¡Melia!

La muchacha, desde lejos, aún volvió un instante la cabeza, como para enviar a Darío un adiós y una súplica. Y, perdida ya, oculta totalmente entre las revueltas del paisaje, mi amigo lanzó al espacio un suspiro lento.



—Ahora mismo, antes de que la procesión dé vuelta. Mi tía no quiere dejarme aquí más tiempo. Y buen regaño me espera por haberme detenido a hablar con ustedes. Adiós.

La procesión 'a había dejado atrás y algunas miradas se volvían curiosas.

—Adiós—repitió la moza.

—¿De dónde es usted?—le preguntó, de pronto, Darío.

—¡Oh, de muy desviado! De una aldea que se llama Juno, un sitio de montaña adonde tal vez usted no vaya nunca.

—Dígame que lo quiere, y mañana mismo voy.

Un ansia infinita asomó a los ojos de la muchacha, gravemente clavados en Darío, como queriendo llegar por ellos al fondo de su alma. Y no. Aquel hombre no le hablaba en broma. No pretendía burlarse de ella...

—Yo quiero—dijo casi sin voz.

—Entonces...

—Entonces, por evitar habladurías, no vaya a mi aldea. Yo trabajo de costurera en la villa de Viana. ¡Ya ve qué lejos y por qué caminos es eso todo! ¿Se

—¿Vas a ir mañana?—le pregunté.

—Sin la menor duda, ya que es fácil camino para la estación. Sólo me quedan dos días de estar aquí. Mas yo una ocasión como ésta no la pierdo.

—¿Ocasión de qué?

—No lo sé con certeza. Pero, por lo menos, de un espectáculo interesante.



También a mí me interesaba aquel espectáculo y le acompañé a Viana, villa de noble abolengo, noblemente adormecida a la izquierda del río Rendar y a la sombra del monte Onea. Media legua antes de llegar a la villa llamé la atención de Darío sobre un grupo de casas vetustas, que unos castaños enormes sonbreaban completamente.

—Ahí tienes la aldea de Juno, la aldea de Melia...

Pasamos el río por el antiguo puente apuntado y nos metimos en las calles de la villa, casi solitarias a aquella hora. Apenas llegados a la plaza, una sonrisa feliz vino a saludarnos al través de unos cristales. Y al momento desapa-

reció de la ventana el bello rostro de Melia, que se presentó en el portal.

—¡Y ha venido!—fueron sus primeras palabras.

¡Y ha venido!, repetía mirándole llena de gratitud y de dicha. Darío sonreía gozando aquel asombro, aquel deslumbramiento. La muchacha, entretanto, casi con ganas de saltarle al cuello, de abrazarle, de pagarle de algún modo tan fina atención, no se cansaba de decir:

—¡Y ha venido!

Un poco molesto, protesté:

—¡Hemos venido! Yo también estoy aquí, y creo que puede verse.

—Perdone.

Y como para desagraviarme, hombre yó más del país, más pegado al terruño, más de confianza para ella, me tocó con una de sus manos cariñosamente, me abrazó casi. En aquel rato que allí estuvimos juntos, yo vi el rostro pálido de Melia animarse, adquirir colores, como reflejando una nueva y más ardiente vida que se apoderaba de su sér. Me sonreía, sonreía a Darío, a sus compañeras, que asomaban, curiosas, a la ventana. Esto la llamó a la realidad.

—Perdonarán que me vaya. No puedo estar más tiempo fuera.

—Pero yo he venido para hablar con usted—arguyó Darío—. ¿La espero a la hora de salida? ¿Va a comer a su casa? ¿Quiere que la acompañe?

—Sí, voy; pero con prisa; teniendo que volver muy temprano. Lo mejor es que me espere después del trabajo de la tarde. A esa hora tengo todo el tiempo por mío.

Comimos en la fonda del pueblo, sin hablar casi de otra cosa que de la buena suerte de mi camarada. Darío se echó a dormir la siesta para entretener algunas horas de la larga espera, soñando acaso con aquel paseo por tan bellos caminos y con tan bella compañía. Cuando despertó era aún muy temprano, y me llevó hacia la plaza, donde al menos esperaba la alegría de los ojos de Melia, mirándole, como por la mañana, al través de los cristales. Pero la dulce criatura, temerosa quizás de las bromas, de las burlas de sus compañeras, no se dejó ver. A las siete, aún con día largo, Darío se despidió de mí para marchar a esperarla. A fin de evitarse la curiosidad del pueblo, se apostó en el puente, por donde a la fuerza había de pasar. A cada momento se le antojaba verla en todas las mozas que allí él venían sin cestas er guiando las yuntas de s la noche comenzó a insi no había aún aparecido.

Desesperado, Darío fué hacia Juno, seguro de verla de aquellas casas; seguro, si contraría al regreso. A mitad no dio vuelta y llegó al puente, a seguir la anhelada fortuna. Se acercó a la plaza. La mansión desde donde Melia le sonrió al verla, hallábase cerrada, sin luz. Volvió a Juno ya de noche. No la vió. No andaba por los caminos, no estaba detrás de los cristales ni a la puerta de ninguna casa. Unos mozos, de ronda al través de la aldea, le miraron con curiosidad alarmante. En un grupo se tarareó irónicamente:

¿A quién andará buscando?

¿Quién me trae de este modo?...

De regreso, aún vino mirando con afán hacia todas partes. Era tarde. Ya no pasaba un alma. Entró en la fonda.

—¿Qué tal?

—Nada. Un engaño, una burla horrible. Quiso reírse de mí—añadió después de contármelo todo—; mostrarle a las amigas que, si no rondadores de la comarca, tenía forasteros a quien despreciar. Puede que, ocultas en algún lado,

—¡Hayan estado viéndome ir y volver, muertas de risa...

Yo rechacé aquella idea torpe.

—Puede que haya estado sola en su casa y llorando a mares la pobre. Seguramente que su tía, sabedora de nuestra presencia, no la dejó volver. Tal vez incluso está enferma.

Dario pareció revivir. Lleno otra vez de esperanzas, al través de las calles vetustas del pueblo fué el grato camarada de siempre. Madrugó casi con el alba y se dirigió hacia el puente por si Melia venía. A las nueve de la mañana aún no había pasado. Marchó a buscarme.

—No sé qué hacer. Casi estoy por presentarme en Juno y armarle un escándalo a la vieja. No me queda apenas tiempo para nada. Mañana, pasado lo más tarde, tengo que irme...

Al salir a la puerta, tropezamos con el cura de la romería. No se sorprendió al vernos.

—Sabía por la tía de Melia, la costurera, que estaban ustedes aquí.

—Por la tía de Melia!

—Sí, de la moza con quien ustedes ayer hablaban. Somos vecinos. Me dijo que nos vió juntos en la fiesta y me preguntó si les conocía...

Dario atajó impaciente:

—¿Y a Melia, la ha visto? ¿Ha venido? ¿Está enferma?

—Creo que no, que no ha venido; pero enferma no está. Ayer, al menos, allá andaba por la casa, contenta, cantando...

Se apartó el cura para hablar con un campesino, y Dario quedóse mirándole.

—Tal vez la tía no la dejó venir; pero ya ves lo que le importa ¡Contenta! ¡Cantando!... Bien. Esto se acabó. Realmente era absurdo esperar otra cosa sólo por tres instantes de charla...

Desde entonces, la única preocupación de Dario fué comprometer asiento en la diligencia. No esperaba siquiera al otro día. Todo en la villa, todo en la comarca, le era odioso ya. La diligencia salía a las dos de la tarde, y despedidos del cura, que nos acompañó hasta aquel momento, entretuvimos, jugando al billar, el resto de la mañana. Comimos temprano. Al llegar junto a la diligencia, ya estaban engan- chados los caballos y los viajeros comenzaban a acomodarse. Con la gente que se marchaba, y la que acudía a despedirla, y la que...

...osa del aconteci-
...llí una muchacha.

Dario subió al
...odar las maletas.

...apremiaba a los
...ando yo, al través
...a ventanilla, le toqué

...ro.
...quién está aquí.

...ose Dario en la espera im-
...ecisa de una gran ventura, y
bajó, apresurado, atropellando gente.

—¡Usted!

—Yo, sí, señor. Acaba le llegar a Juno don Andrés el capellán y decirme que se marcha usted en este coche. Y yo no quería que llevase de mí la idea mala que seguramente llevaba.

—¿Por qué entonces no vino ayer al pueblo? ¿No la dejaron?

—No me dejaron; no, señor. Tampoco hoy me dejaban. Afortunadamente, pude escaparme y llegar a tiempo.

Venía aún jadeante del largo correr; pero pálida, sin embargo, más pálida que nunca. Con expresión de quien asiste al desencanto más grande de su vida, suspiró:

—¡Se va ya! No creí que viniese para tan poco...

—Hubiera estado algún día más si ayer la veo. ¿Cómo no hizo un esfuerzo para venir?

—Me figuraba que iba a estar usted aquí más tiempo y, esto aparte, no me he atrevido. No soy dueña de mi persona, ya lo sabe.

—¡Y hoy!

—¡Hoy me dijeron que usted se iba!

—¡Se iba, y no le importaba demostrarle su amor de aquella manera! ¡Se iba, y no tenía reparo en manifestar así, delante del pueblo entero, cuanto aquel hombre era para ella! Una vehemencia, un ansia ardiente de derretirse sobre aquella hoguera tan dulce invadió a Dario.

—¿Quiere que me quede?

Era inútil, sin embargo. La muchacha tenía que volverse a su casa, y no la dejarían salir en el resto de la tarde ni en todo el día siguiente. Y él no podía prolongar su estancia en tales sitios. Además, el cochero apremiaba, indignado ya. Dario sujetó las manos de la muchacha.

—El quedarme es una locura. Pero ¿quiere que vuelva?

Melia le miró, reflejando un ansia, una alegría, una felicidad de planta agostándose que revive.

—¿Cómo no lo voy a querer!

—Pues no le digo cuándo; pero esté segura de que vuelvo.



Y aquello fué todo. Dario, viendo a la muchacha despedirse al lado de la diligencia con lágrimas en los ojos, acompañarla mientras pudo seguir el paso de las caballerías y desplomarse luego en un

banco de la carretera, partió con un solo deseo en el alma: el de volver, prolongando la felicidad de aquella criatura, recogiendo la que con su amor pudiese darle. Pero el tiempo y la distancia, otros cuidados y otros afanes fueron borrando la dulce impresión, y la muchacha y el episodio quedaron en su alma únicamente como bellas flores de recuerdo. El verano siguiente no vino a su tierra, y un día, por los periódicos, supo ya que se casaba. Llegó el aniversario de la fiesta. Y por la tarde, viendo desde las ventanillas de mi casa pasar la gente de la romería, reparé en una mujer, una moza, allí inmóvil, como en espera de algo. Más pálida, comenzando a marchitarse el rostro, no me pareció tan bella; pero la conocí. Era la moza del año pasado. Y bajé a su encuentro. Aún pasaba mucha gente por el camino, y no le importó. Corrió hacia mí, casi abrazándose.

—Ya sé que no está en la tierra. De estar, no hubiera faltado a la romería. Pero ¿sabe si aún vendrá este año?

Quise decirle la verdad, evitar que una ilusión irrealizable fuese consumiéndola lenta y fatalmente. Comprendí que hubiese sido peor. Todavía era pronto.

—Este año, no sé. Yo creo, sin embargo, que ha de venir, que nada desea tanto...

—Otros me dicen que no; pero yo también le aguardo. Aquellos ojos no mentían. Tengo la esperanza de que ha de volver, que aún he de verle...



Y no se engañaba. Casado yo, pudiendo recibir señoras en mi adusta mansión solariega, se animó a hacernos una visita con su mujer. Era por los días de la

fiesta, y la mañana de la misa grande se organizó una expedición al santuario. Yo tuve un presagio angustioso; pero Dario no manifestó preocupación alguna. De toda la fiesta casi no recordaba otra cosa que las devotas de media noche marchando, desnudas, hacia el mar, y los actos extraños de la mañana siguiente. Melia era, si acaso, en sus recuerdos, una flor melancólica que más los poetizaba. Habló de ella casi como de una figura sin relación con él, casi inexistente, creación del arte y no de la vida. Habló con simpatía, pero sin calor, como si tan sólo evocase un recuerdo de lecturas.

La protagonista se había casi desvanecido del cuadro, y nada le interesaba tanto ahora como el fondo: aquellas mozas retorciéndose entre blasfemias bajo las bóvedas del templo durante la misa, las que se negaban a entrar, y unas y otras iban luego en la procesión, bajo las andas, sometidas, y con gesto errabundo unas, rebeldes las otras, defendiéndose aún, logrando a veces soltarse para caer sobre el suelo con sacudidas de reptil.

Y ya la procesión salía. Habíamos llegado tarde para asistir a las ceremonias del templo. Salía la procesión, como tres años antes, con su pendón rojo al frente, y el estandarte después, y el santo en seguida, balanceándose, con su veste de terciopelo, sobre las andas de oro. La muchedumbre parecía aún mayor, y era acaso más grande el número de las personas. No las veíamos desde aquella sombra donde nos habíamos detenido a contemplar el paso de la procesión; pero los gritos de la gente denunciaban su número. Y la procesión seguía. Ya de su acompañamiento casi no quedaba nadie delante de nosotros, cuando la esposa de Dario le dijo sorprendida:

—¿Cómo te mira aquella mujer!

Yo miré, y tuve miedo. Era ella; era Melia, casi desconocida, marchita completamente la belleza deslumbradora de tres años antes. Se había quedado en el camino, inmóvil, como una estatua, mirando a Dario, clavándole los ojos, inmensamente abiertos. Temerosa, la mujer de Montesacro le sujetó del brazo, oprimiéndose contra él, buscando su amparo, juntando la cabeza a la del marido. La muchacha entonces lanzó un grito horrible y cayó al suelo. Cayó rígida, con una espuma en la boca, con los ojos desorbitados, retorciéndose sin fuerzas, como en una convulsión de agonía. Tan blanca siempre y tan pálida, aún palideció más.

El grito había rodado por los ámbitos, y la procesión se detuvo. Alguien gritó también, a lo lejos:

—¡Ahí hay otra! ¡Ahí ha caído otra!...

Unos mozos vinieron a recogerla, mientras la procesión esperaba. La levantaron como un cuerpo muerto, y la llevaron, sostenida por debajo de los brazos, con la cabeza hacia atrás, al aire la garganta de marfil y al viento el pelo desmelenado. Para que las andas del santo pudiesen cubrirla durante la procesión, tuvieron los mozos que meterse allí con ella, que continuar llevándola...

Y el suceso no alteró la ceremonia ni sorprendió a nadie. Siguió la procesión con sus gritos y con sus músicas, y a nuestro lado, en otro grupo, explicaba tranquilamente una vieja:

—Hacia mucho tiempo que la pobre estaba tocada del mal.

Francisco CAMBA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



HORRIBLE AVENTURA DE TELESFORIN



La distinguida señorita Estanislada de Pitimini amaba a su Telesforin más que a nada en el mundo.

Telesforin tenía cuarenta años; era una verdadera monada, y cuando decía con su voz la más dulce «Mamita», la señorita Estanislada, llena de emoción, de cariño, de entusiasmo y de enternecimiento, no podía contenerse y le besaba con vehemencia en el pico.

¡Ah! Se le olvidaba decir que Telesforin era un loro.

Idolatrado y mimado hasta lo inverosímil, Telesforin hubiera sido el más dichoso de los loros de no haber existido en su vida una nube, que era Tigrete, el gato de don Pascasio, vecino de la señorita Estanislada de Pitimini.

Tigrete, que era pardo y feo, y no tenía alas, naturalmente, había dado en envidiar ferozmente el hermoso plumaje verde de Telesforin; horas enteras se pasaba el gato mirando fijamente al loro y lanzando unos maullidos espantosos, que decían bien a las claras: «Ay, ¡como te pescará yo!» Al infeliz loro se le erizaban las plumas de espanto, y aquello, ya comprenderéis que no era vivir.

Y no era eso peor, sino que, con su perspicacia de loro, Telesforin había descubierto que don Pascasio y la señorita Estanislada se amaban en silencio, esperando, sin duda, para casarse a que la damisela acabase de cumplir los cincuenta, para los cuales le faltaba bien poco.

Los dos enamorados habían de hacer una parejita ideal, pues se completaban a la perfección: la señorita de Pitimini era delgada, de una delgadez esquelética, que ella calificaba de esbeltez aristocrática; tenía el pelo rubio, y tan deliciosamente crespo, que se parecía, como dos gotas de agua, al pelo que salía a puñados del destripado sofá de su «boudoir».

Don Pascasio era gordo, de una gordura elefantésca, que él calificaba de buena prestancia, y tenía una calva tan redonda y tan reluciente, que, cuando iba al café, más de una vez había sucedido que el camarero se equivocase y tomase su cabeza por una de esas bolas de metal en las cuales se suelen encerrar los trapos y demás útiles de limpieza.

Pero Telesforin, con su egoísmo de loro, no se fijaba siquiera en lo bien emparejados que habían de resultar la señorita Estanislada y don Pascasio; le fue el veía era la perspectiva de tener que compartir con otro el tierno corazón

de su ama, y sobre todo, el peligro de verse expuesto a las terribles uñas de su mortal enemigo.

¡No! Eso no podía ser, y Telesforin juró emplear todos los recursos para impedir que aquel casamiento tuviera lugar.

Una noche de verano, en que todas las ventanas habían quedado abiertas, nuestro loro se escapó, se metió en casa del vecino y cogió, sobre la mesilla de noche de don Pascasio, la dentadura postiza, que el buen señor solía depositar cuidadosamente en un vaso de agua al acostarse.

Y a la mañana siguiente, Telesforin dejó caer la dentadura en el seno de su ama.

Había que oír los gritos que daba la

gante, don Pascasio se sentía arrebatado por la pasión y se decidiría a pedirle su mano.

Y así sucedió, en efecto; al acabar de engullir el décimoquinto picatoste, mojado en la séptima taza de chocolate, don Pascasio puso rodilla en tierra, con toda la gracia de un hipopotamito bien criado, y espetó, por fin, una rendida declaración de amor.

Pero Telesforin vigilaba, y vio llegado el momento oportuno para intervenir.

Aprovechando el instante en que la señorita Estanislada, ruborosa, bajaba los ojos y don Pascasio, emocionado y con la mano sobre el corazón, cerraba los suyos, el loro agarró el florido gorro de su ama y, arrancándolo con peluca y

suave, como caída del cielo, rozó la mano de la señorita Estanislada.

—¡Es una pluma de Telesforin!—exclamó la damisela, mientras un terrible presentimiento le oprimía el corazón.

Levantó la cabeza y, ¡oh sorpresa!, vio que otras plumitas iguales revoloteaban a centenares en el aire; al mismo tiempo oyó, viniendo de la bohardilla, unos quejidos desgarradores y una voz lastimera, que en seguida reconoció.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!—empezó a gritar—. ¡Es mi Telesforin! ¡Me lo matan! ¡Me lo asesinan! ¡Ayuda! ¡Socorro! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Al oír aquellos gritos, acudieron a todo correr la frutera de enfrente, el carbonero de al lado, media docena de chiquillos de la vecindad que jugaban al corro

y un sordomudo que pedía limosna en la esquina de la calle.

Toda esta gente se disponía a invadir la casa detrás de la señorita de Pitimini; pero don Pascasio, que estaba lívido, detuvo a su novia, agarrándola de la falda, y toda la comitiva que venía detrás se detuvo, naturalmente, también.

—Yo creo que... que... que... tartamudeó don Pascasio—, como no sabía... sa... sa... bemos quién está... ta... ta... rá arriba...

—¡Nada de vacilaciones!—clamó la señorita Estanislada—. ¡Aunque hubiera de hallarme frente a una partida de bandidos, yo me pediría xilio de forin.

—¡Bravo!—dijo el carbonero, entusiasmado por el rasgo heroico.

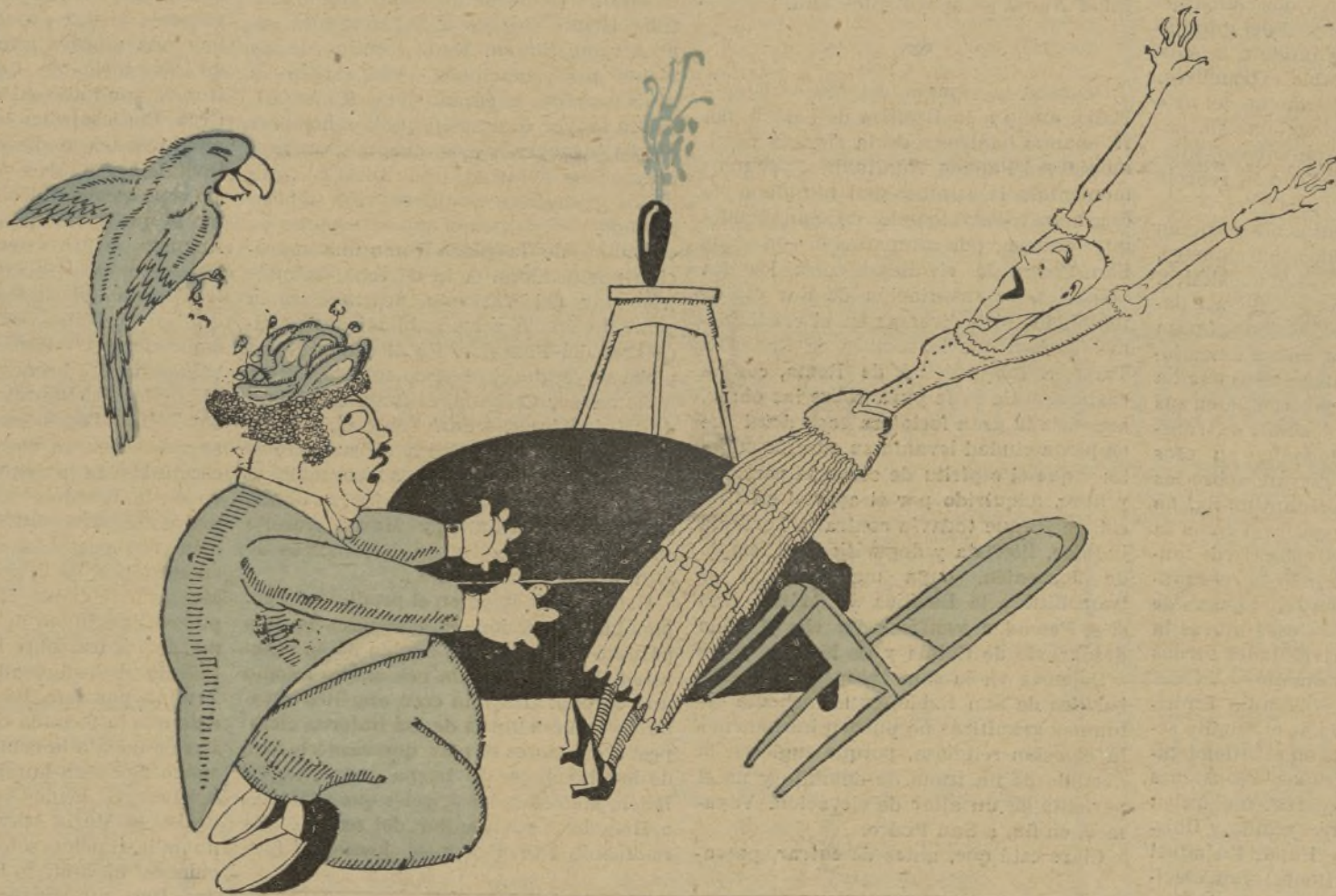
—Pe... pe... podíamos armarnos en con... con... con...

consecuencia—siguió tartamudeando don Pascasio.

—Tiene razón—declaró resueltamente el sordomudo.

En vista de lo cual, la señorita Estanislada consintió en armarse con las tenazas del fogón; don Pascasio la siguió, blandiendo una escoba; la frutera, venía detrás con la badila del brasero; el carbonero, con una sombrilla de la señorita de Pitimini, y el sordomudo, con un cogedor; los seis chiquillos cerraban la marcha, quien con un cortaplumas, quien con un plumero, o un pisapapeles, o unos zorros, o lo que les vino más a mano.

La puerta de la bohardilla estaba abierta, y un espectáculo espantoso se ofreció a la vista de la comitiva: Telesforin se hallaba en poder, no de una cuadrilla de bandidos—más le hubiera valido al infeliz—, sino del propio gato Tigrete, que, al ver a los invasores, hu-



distinguida señorita al descubrir aquel objeto inoportuno; de esta manera se enteró de que la resplandiente dentadura de su adorador no le pertenecía mas que en el sentido de que con su dinero la había pagado.

Pero el amor es ciego y magnánimo; la señorita Estanislada devolvió sus dientes al vecino, le siguió encontrando tan hermoso como antes y perdonó a su Telesforin esta «broma inocente».

Es más; para demostrar a don Pascasio que su corazón le seguía perteneciendo, le invitó a ir aquella tarde a su casa a tomar una tacita de chocolate.

Para esta recepción, la señorita de Pitimini se vistió con un esmero especial; se puso su vestido de gala, que era de raso verde, y cubrió sus rubias crines con un adorable gorrito azul, en el cual tres mariposas amarillas revoloteaban delicadamente entre lilas y geranios.

Seguramente, al verla tan bella y ele-

todo, lo colocó sobre la calva reluciente del adorador.

¿Cómo expresar la doble exclamación de horror que lanzaron los enamorados al mirarse y verse en tal guisa?

Pero todo el ingento diabólico del loro resultó inútil; así como la señorita de Pitimini pasó por alto la revelación de la dentadura postiza, asimismo don Pascasio desdénó el descubrimiento de la peluca y siguió tan enamorado como antes.

Y, acaso para evitar nuevas diabluras comprometedoras del malévolo Telesforin, fijaron en breve plazo la fecha de la boda.

¡Pobre loro! Como si no hubiese sido bastante el que sus inventivas resultasen infructuosas, ¡qué terriblemente había de ver castigadas sus traiciones!

Una tarde, los dos poéticos novios habían ido a pasear, cuando al ir a entrar en la casa, una cosita ligera, verde y

yó por la ventana, abandonando a su víctima, sobre la cual acababa de saciar espantosamente su furia celosa.

Telesforín no tenía una sola herida; pero, ¡ay!, estaba pelado, pelado como una rodilla, pelado como la palma de la mano, pelado, en fin, como la propia cabeza de don Pascasio, el amo del malvado Tigrete, que, una por una, le había arrancado todas sus plumas verdes, objeto de su envidia criminal.

Desesperada, medio loca, anegada en llanto, la señorita Estanislada mandó llamar en el acto al célebre doctor Mataditos; este personaje la tranquilizó:

—No se apure, señora; bastará con una fricción del infalible «Regenerador Sansonino» para que dentro de tres meses su amado loro haya recobrado íntegro su hermoso plumaje.

La señorita de Pitimini se precipitó a

la botica más próxima; «nunca lo hiciera, que aquella tarde» el boticario hallábase ausente, y el mancebo, gran amante de las novelas policíacas y sumido en el capítulo más emocionante de las aventuras de no sé quién, prestó poca atención a su parroquiana; si bien se acordó de cobrarle el duto que costaba el «Regenerador Sansonino», se olvidó por completo de advertirla que existían varias clases de esta loción y preguntarle para qué animal la destinaba.

La señorita Estanislada, en posesión del precioso frasco, se apresuró a seguir punto por punto las indicaciones del prospecto: untó con el «Regenerador Sansonino» el cuerpo de Telesforín, envolviéndole luego en cintillas, con lo cual el loro tomó el aspecto de una momia egipcia.

A los tres meses justos, en presencia

de toda la vecindad, llena de religiosa expectación, y ante don Pascasio, en primera fila, la señorita de Pitimini quitó al loro las cintillas. ¡Oh, espanto! El cuerpo de Telesforín estaba cubierto por un vello largo y tieso, de tal manera, que el pobre parecía ahora un puerco espín con alas. ¡El frasco de «Regenerador Sansonino» era de los destinados a los mamíferos!

¡Pobre Telesforín, horrible y ridículo *per in eternam*! ¡Pobre señorita Estanislada, herida cruelmente en el ser que más amaba en este mundo! ¡Pobre don Pascasio, culpable de todo, al fin y a la postre, por tener un gato tan malo!

Pero no hay mal que por bien no venga: don Pascasio, cediendo a las súplicas de su adorada, consintió en regalar su gato a un amigo que vivía muy lejos de allí y tenía la casa llena de ratones; con

esto, el pobre loro vió alejarse definitivamente la espantosa perspectiva de una convivencia con el malvado Tigrete.

Además, don Pascasio, apiadado por el dolor de su novia, le juró con la mano puesta sobre el corazón, que reportaría sobre su loro todo el cariño que malgastó en querer al miserable felino.

Con todo esto, Telesforín, cada día más grotesco y velludo, pudo ver sin resentimiento el enlace matrimonial de la señorita Estanislada y de don Pascasio poco después de estos acontecimientos. Los recién casados se dedicaron a querarle y mimarle a cual más y mejor.

A costa de su plumaje y de su belleza, Telesforín había conquistado la suma felicidad a que un loro puede aspirar en este mundo.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

LOS TRES TEMPLOS

PARA comprender bien el sentido que envuelve la basílica de San Pedro, debería visitársela después de haber divagado algunos momentos por dos claustros: el de San Juan de Letrán y el del antiguo convento de benedictinos unido a la suntuosa basílica de San Pablo extramuros. Allí se nos descubre el entronque del arte románico con el del Renacimiento sin pasar por el gótico; un solo romanismo, enlazando la herencia pagana con su rebrote sobre el solar nativo.

Pero esos dos monumentos nos sugieren con toda perfección la idea del claustro, del Claustro como colectividad apostólica, cenáculo fraternal en que se refleja todavía la idea primaria de *ecclesia*, forma pacífica y comunal de la nueva ciudadanía. El recuerdo de Pentecostés no se ha extinguido aún. La vida sacerdotal, en sus dos formas monástica y secular, se transparenta, viva y pura todavía, en esos claustros. San Juan de Letrán, sobre las ruinas de la Basílica Constantiana, no sugiere tanto la Roma pontifical como la del Sacro Colegio. Un leve esfuerzo de fantasía devuelve a nuestro oído la resonancia de los Concilios, forma republicana de la Iglesia. Despréndese de esos muros la anación de aquellas rivalidades sordas

del Concilio y la del de soberanía espiritual. La Media es el estadio secca; lo que en el orden ternas larguissimas discusiones y el Rey, fué en el orden la pugna entre Cabildo y Obis Cardenalato y Papa. En aquel po, los Obispos de Roma eran elegidos por el Pueblo en común con el Colegio cardenalicio, adecuadamente a la vieja fórmula sacra: S. P. Q. R. Pedro no había levantado aún su cabeza sobre la de los demás apóstoles; ni éstos sobre el Presbíterado, elemento senatorial de la *Civitas*; ni éste sobre el Pueblo. Precisamente el Pueblo sirvió de apoyo a sus Pastores para ayudarles a sacudir la intrusión de los príncipes extranjeros y a emanciparse de la oligarquía de la nobleza romana, monopolizadora de la Sede. Y todavía en plena Edad Moderna se necesitó la rudeza plebeya de un Sixto V para asumir en una sola persona la representación popular o demócrata y la suma autoridad universal, católica.

Lucha entre el Claustro y la Catedral; entre la comunidad y el Prelado; toda esa disputa jerárquica forma la verdadera epopeya, eclesiástica y política, de los tiempos medievales. Y la Catedral, en su apoteosis de Catedral o de Basílica, verdaderos arcos de triunfo construídos sobre la Sede o Silla del Pastor, demuestra

la victoria de la forma monárquica en esa gran crisis constitucional de la Iglesia. La Catedral venció al Claustro; y una Edad Nueva se apoyó sobre ella.



Dejemos la riqueza del Museo Gregoriano, anejo a la Basílica de Letrán, para cuando hablemos de la riqueza patrimonial del Papado. Admirémos, por unos momentos, la suntuosidad mundana de ese maravilloso templo de San Pablo, que renueva, por comparación con el de San Pedro, la rivalidad entre los dos apóstoles, representación de dos espiritualidades bien diversas en el cristianismo. Diríase que la sombra de Pablo de Tarso, a las puertas de Roma, con su exaltación de la fe pura sobre las obras, amenaza la gran fortaleza sacerdotal que en plena ciudad levanta su enorme cúpula; y que el espíritu de creencia personal y libre, adquirido por el apóstol en Grecia, se yergue todavía contra la herencia judaica, literista y dogmática del templo de Jerusalén, cuya magnificencia se transmitió a la Basílica de Pedro, como si el Pescador recibiese en ella el doble desagravio de Caifás y de Nerón.

Dejemos ya la sala estupenda de esta basílica de San Pablo, cuyas ochenta columnas graníticas no pueden infundirnos la emoción religiosa, porque sugieren la avenida de un trono de dominio y no el peristilo de un altar de elevación. Vayamos, en fin, a San Pedro.

Claro está que, antes de entrar, pasea-

remos bajo las columnatas del Bernini, en torno a la gran plaza, mixta de señorial y popular. Nuestro corazón palpitará con un latido de ansiedad jamás sentida. Hemos llegado a los umbrales sagrados, *ad limina*. Es el término de las viejas peregrinaciones. Allí, sobre la gran fachada, la cúpula sube al cielo como la mayor exaltación que los hombres hayan consagrado a su propia grandeza, creyendo tributaria a la de Dios. El agua de los grandiosos surtidores nos salpica, azotada por el viento que la esparce en el ámbito de la plaza como una lustración purificadora. A la derecha, la mole irregular del Vaticano nos muestra la parte destinada a las habitaciones particulares del Pontífice. En el centro de la plaza se yergue el obelisco egipcio, traído a Roma por Calígula, el famoso obelisco de *Mojad las cuerdas*. Sobre él, con toda la inarmonía artística de su anacronismo, una cruz. Así hemos visto también desvirtuarse la gracia y la fuerza de las columnas de Trajano y Marco Aurelio con la superposición de las figuras de San Pedro y San Pablo...

Hemos entrado ya en el prodigioso templo. La proporción de grandezas no nos permite sentir todo el agobio de su magnitud. La gran cúpula nos ampara como una corona. ¿Hay un coro angelico revolando en las alturas de esa linterna ciclópica? Pero no es el coro que cantó la paz de los hombres de buena voluntad, en Belén, sino el de los ángeles que azotaron a Heliodoro, profanador del templo. ¿Es realmente San Pedro el hombre repre-

sentado en esa figura de bronce cuyo pie está mutilado por el ósculo de los fieles, o es todavía un César fuerte y rudo? Recordó que en las salas de Rafael, que vamos a visitar pronto en el Vaticano, hay una pintura grandiosa representando la victoria de Constantino en Saxa Rubra, por intercesión del signo de la Cruz. Pero bajo las bóvedas de este templo verdaderamente cesáreo, la Historia invierte sus rumbos vulgares. ¿Quién venció entonces a quién? ¿Fué el cristianismo el que subió las gradas del trono de Augusto, o fué, inversamente, el César quien tomó asiento en el humilde Cenáculo y recibió en su boca impura el sagrado Pan simbólico y el Vino de las divinas embriagueces? Hemos llegado bajo el baldaguino de bronce, despojo arrancado al pórtico del Panteón de Agripa por Urbano VIII. Todos los valores elementales se subvierten en nuestra mente. Bajo la escalinata de la cripta, Pío VI, el cautivo de la Revolución, plasmado en mármol de Canova, ora de rodillas. Así también está postrado, en mármol, Pío IX en el umbral de la cripta de Santa María Mayor. Y la cripta de San Pedro es el sepulcro imaginado del Apóstol; es, en suma, la Piedra sobre la cual se levanta la Iglesia, transfigurada en su valor de Templo por esta basílica portentosa. Y entonces la fecunda contraposición de valores aumenta la confusión de nuestro ensueño. Sobre la humildad de los maderos del Pesebre, hemos visto alzarse la gloria de Santa María Mayor. Sobre el recuerdo de la tiniebla sofocante de las Catacumbas, ha brotado la pompa de San Pedro. Pero mi corazón palpitaba con más fuerza en las Catacumbas. Mis ojos añoran aquí la humedad de llanto que les asaltó en aquellas vías subterráneas, empapadas de sangre. Y si no es el sentimiento de piedad ni el de gracia el que yo debo invocar aquí, sino el de la fuerza, yo añoro la venerable grandeza del Foro y aun la brutal sacudida que nos sobrecogió en el Coliseo.

Los monumentos de esas tumbas papales, ¡qué lejos están ya, por un lado, de la serena austeridad del Panteón, o de la tumba de Cecilia Metela! ¡Y qué lejos, por otro lado, de la pureza espiritual y tierna de las Catacumbas! Tal es la ambigüedad angustiosa que nos amarga, bajo la cúpula de Miguel Angel, cuya *Piedad*, en una capilla lateral, representa toda una fase del gran artista, cuyo comentario reservamos para el día en que visitemos la Capilla Sixtina.

Subamos ya a la cúpula. La visión interior de la basílica, desde aquellas alturas, nos compenetrará mejor con su

Sensación del camino

De toda tu belleza, en mí sólo perdura,
entre el deslumbramiento de la intensa blancura
de la cal luminosa que tus muros enjarra,
la queja de una copla que los aires desgarran;

y en el calcinamiento de la estéril llanura,
aquel rincón de paz, oasis de frescura,
perdido en la planicie donde el sol achicharra
y sus crócalos roncós repica la cigarra.

Y allí, visto de paso, bajo el verde cancel
de las tupidas hojas que forman el dosel
que lo entona y ajusta el marco del dintel,

aquel rostro moreno del mirador aquel,
con los ojos de pena y los labios de miel,
y toda Andalucía reconcentrada en él.

Francisco A. DE ICÁZA

grandeza; pero no nos comunicará el encanto piadoso que en vano buscaríamos aquí. La vieja Roma, emporio de fuerza y poderío, se continúa en este templo. El Palatino ha transferido a la colina vaticana su soberanía.

Asomémonos a la gran terraza. La visión de Roma, ceñida por el Tíber, nos sumerge en deliciosa divagación... Y en ese mirador tendido sobre la Ciudad Eterna, tras las estatuas colosales de los Apóstoles, fuertes como protorrianos, y sobre el balcón desde donde los Papas bendicen la Ciudad y el Mundo, nos parece también que la Ciudad y el Mundo se han confundido en una sola entidad gloriosa, sobre la cual la gran linterna irradia como un faro. Pero la pregunta torturadora persiste: ¿Quién ha vencido a quién? ¿No ha sido la Fuerza quien ha tomado la máscara de la Piedad, como un día tomó la de la Gracia, para vencer? ¿No tendrá esta Ciudad una potencia de Reina que con sus ruinas de ayer cinca la su nueva corona?

Gabriel ALOMAR

LA VIDA PINTOESCA

ALEGRIA QUE HACE LLORAR

Se ha puesto sobre el tapete una cuestión importante, de la cual se tendrán que ocupar hasta en Consejo de ministros si las gentes siguen apasionadas por ella. ¿A qué se debe ir al teatro? ¿A reírse como si los acomodadores vinieran a dar una noticia agradable cada cinco minutos, o a ponerse tristísimo cual si se sintiera profundo dolor de estómago? De ambas cosas hay partidarios decididos, y éste es el mal, porque la indecisión cunde y el pacífico

ciudadano, cuando trata de llevar su persona al teatro, no sabe cómo hacerlo, si con el deseo de reír o con el ánimo preparado para llorar.

Suele ocurrir, sin embargo, que la preparación y las precauciones no sirven para nada y los resultados son completamente distintos de como se esperaban.

Recientemente se ha dado este caso. Una cupletista graciosa y alegre se ha puesto desde el escenario, y los que se aprestaban a pasar, oyéndola, una noche más divertida que un primer mes, salieron del local donde actuaba con el corazón más encogido que si acabaran de ver un cuadro de miseria definitiva.

¿Por qué serán tan serias las cupletistas? La mayoría de ellas actúan para alegrar el ánimo al espectador y hacerle olvidar las miserias de la vida, tales como que hay caseros, que los tacones se desgastan y que las señoras suelen tener mal genio una vez unidas en dulce e indisoluble lazo, y, sin embargo, apenas ven la sala llena y todos los rostros resplandecientes de satisfacción, parece como si dijeran: ¡Ahora verás cómo te estropeo la digestión!

Efectivamente; salen al escenario y comienzan a verter sobre el indefenso espectador toda clase de lamentaciones. Ellas han tenido un novio que era un mala entraña; ellas se han visto en la miseria; ellas están meditando lavar con sangre una ofensa, y ellas le piden a Dios, con música y todo, que haga reventar al que tiene la culpa de su desgracia. Total: que al tercero o cuarto cuplé ya no hay corazón que resista tanta lamentación y tanta desdicha acumuladas, y el espectador, en vez de reír, como creía que iba a hacer, rompe a llorar acongojado, y entre un acomodador y el bombero de servicio tienen que sa-

carle y llevárselo al ambigü, y allí le hacen beber una copa de monóvar, al tiempo que ellos también se toman otra como pago a sus benéficos auxilios.

¿Es esto razonable? ¿Cabe en pensamiento, bien meditado que nadie vaya al teatro a entristecerse de tal modo? No; decididamente, no; y las *divettes* juncas que tal cosa ejecutan, creyendo que de este modo son mucho más artistas que si cantasen cuplés triviales, no saben el mal que hacen a la Humanidad y lo responsables que son de algunas neurastenias incurables.

Hay quien ha salido de su casa con el propósito de divertirse más que una gaita en día de romería, y a las doce de la noche entra en el café y se deja caer en una silla abatido, y con ojeras tales, que el propio camarero le dice:

—¡Caray, don Antonio! ¿Usa usted ahora anteojos de concha?

Los amigos, creyendo que le pasa algo, se apresuran a socorrerlo y hasta insinúan la necesidad urgente de buscar a un médico.

—No, gracias; ya estoy tranquilo. ¡Jesús y qué cosa más espantosa!

—Algún atropello de automóvil.

—La bella Cuchipanda.

—¿Cómo? ¿A la cupletista de renombre? ¿Qué le ha pasado?

—A ella, precisamente, nada; a mí es al que le ocurre algo grave si continuo oyéndole cantar... Dos asesinatos, un secuestro, un suicidio y el saber que le han dado cuatro pesetas de empeño por un mantón en noche de frío son las cosas que nos ha relatado en la sección de moda, de moda en el Este; ¡caray!, que a lo que yo había ido al teatro era a divertirme y no a oír el relato de tanta desdicha, como si estuviera girando una visita a un asilo de mendigos y gente maleante.

Por fin, sus amigos le dicen unas

cuántas chirigotas, él se toma una taza de tila con gotas de azahar y, más tranquilo, se dirige a su domicilio, acostándose nervioso y soñando luego que le persigue una turba de chiquillos harapientos o que muere a manos de la madre de una cupletista.

¿Y aún se discute si al teatro debe irse a llorar? Es como si preguntasen si alguien es gustoso de que le pisen un callo.

A. R. BONNAT

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecuado de la inmejorable lámpara Tungstam (país de origen, Hungría), famosa en todo el mundo, y estará usted encantado de la vida. **LAMPARA TUNGSTAM, Montera, 10,** teléfono 39-49 M., y en los principales establecimientos de electricidad.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Librería, Caballero de Gracia, 28.

Últimas novedades:

El Caballero Audaz: LO QUE SE POR MI (6.ª serie), 5 pesetas.

Hernández Calá: PELAYO GONZÁLEZ (novela), 6.ª y definitiva edición, 5 pesetas.

Antigüedad: EL LADRÓN HIDALGO (nuevas aventuras de Pedro Moro), 3 pesetas.

Lady Flowers: LA HERMOSURA POR LA HIGIENE (libro de gran utilidad para las señoras), 4 pesetas.

Kant: EL PERRÓ DE SIR JHON KNITT (novela), 1 peseta.

Libros recientes:

Verona: MIMI BLUETTE (novela), 5 pesetas.

G. Carrillo: EL EVANGELIO DEL AMOR (novela), 5 pesetas.

Oteyza: ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS, 4 pesetas.

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)
SUCEDESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y purpurinas de todas clases
Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERIA DE GRES
Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-65

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO
Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

TURBINAS
para cualquier salto y caudal.—Establecimientos Benninger, Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20.—MADRID

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17
AYALA, 60

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado



UNGUENTO MIERES

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



MARCA DE FÁBRICA



REGISTRADA

CARLOS COPPEL

Fabrica de relojes.
Fuencarral, 27.
Madrid.

A cada reloj, acompaña certificado de garantía.

Rosado Rivas

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados. - Aparatos con o sin bocina. - Ventas al contado. - Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS de
Raquel Meller
—
M. Serós
—
C. Flores
—
R. Leónis
—
Ballables modernos



DISCOS de
Salud Ruiz
—
Ofelia de Aragón
—
C. Ortas
—
Óperas
—
Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a

FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID

REPOSICIÓN DE T. GONZÁLEZ

De venta en farmacias

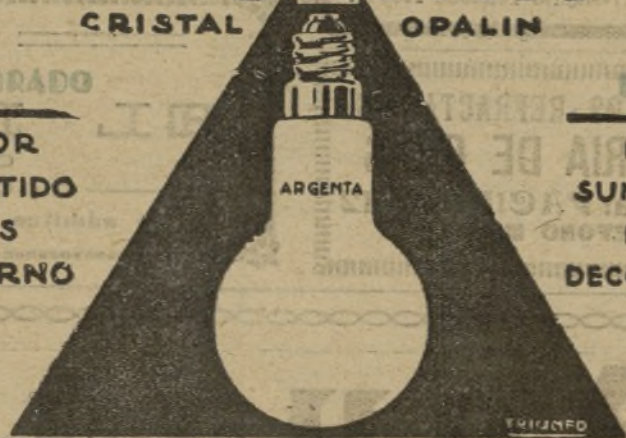
ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO

MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA



Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

BANCO DE CATALUNA

Rambla de Estudios, 4. - Barcelona

APARTADO 568

Valores :- Cupones :- Banca
Cambio :- Giros

Dirección telegráfica: CATALUNYABANK